

# En la huida



WOLFDIETRICH SCHNURRE

El hombre tenía barba y ya estaba algo más viejo; casi *demasiado* viejo para la mujer. Y luego también estaba ahí además el niño, uno muy pequeño. Lloraba continuamente pues tenía hambre. También la mujer tenía hambre. Pero estaba callada y cuando el hombre volteaba a verla ella sonreía; o al menos eso intentaba.

El hombre también tenía hambre.

No sabían a dónde ir; solamente sabían que no podían quedarse en su tierra pues estaba devastada.

Anduvieron a través del bosque, de los pinos. En éstos se oía crujir algo. Normalmente el lugar era silencioso. Bayas o setas ya no había; el sol las quemó. Sobre las veredas el calor tremolaba. El poco viento soplaba únicamente en lo alto. Eso era bueno para el águila ratonera. Un corzo y una liebre yacían jadeando en el helecho.

“¿Todavía puedes?”, preguntó el hombre.

La mujer se detuvo. “No”, dijo.

Se sentaron. Los pinos estaban cubiertos de orugas que caminaban lentamente. Si no hacía viento, se las oía raspar las agujas de pino. Crujía tanto; y también goteaba: pedazos de agujas y excremento, como lluvia.

“Las *monjas*”,\* dijo el hombre, “están devorando el bosque”.

“¿Dónde están los pájaros?”, preguntó la mujer.

“No sé”, dijo el hombre, “creo que ya no hay pájaros”.

La mujer se puso al niño junto al pecho pero el pecho estaba vacío. Entonces el niño volvió a llorar.

El hombre tragó saliva. Cuando el niño comenzó a ponerse ronco, él se puso de pie.

Dijo: “Esto ya no puede seguir así.”

“No”, dijo la mujer. Trató de sonreír, pero no lo logró.

“Voy a conseguir algo de comer”, dijo el hombre.

“¿De dónde?”, preguntó la mujer.

“Sólo déjame hacerlo”, dijo él.

Luego se marchó.

Caminó a través del bosque moribundo. Talló señales en los árboles. Llegó a un reguero de arena. Eso había sido un arroyo. Pasó por un lugar donde se levantaba polvo negro. Eso había sido un prado. Caminó durante dos horas. Luego empezaba el llano de arena. Sobre una piedra yacía una víbora; estaba seca. El brezo levantaba polvo.

Más tarde llegó a un campo sin labrar. Después de esto también a un pueblo; estaba muerto.

El hombre se sentó sobre un eje de carro. Se durmió. Mientras dormía se cayó al suelo. Cuando se despertó, tenía sed; su paladar ardía.

Se levantó, se tambaleó hacia una casa. En la casa todo estaba desarreglado. El cajón estaba arrancado de la mesa y yacía en la tierra. Las ollas estaban hechas pedazos; también las ventanas. Sobre el banco junto a la mesa había un paño. En el paño se hallaba envuelto medio pan; estaba duro.

El hombre lo tomó y se fue. En las demás casas no encontró nada; tampoco agua. En los pozos había carroña.

No se atrevía a cortar un pedazo de pan. Lo quería guardar para la mujer. No encontró frutos silvestres. Ya tampoco había animales; sólo cuerpos muertos: gatos, algunas gallinas. Se pudrían.

Una tormenta se cernía en el aire.

En el campo aplastó con el pie a una lagartija. Ésta se deshizo en polvo.

Caían truenos. Ante el bosque había muros ardientes. Caminaba doblado hacia adelante. El pan lo traía bajo el brazo. El sudor le llegaba a la barba. Las plantas de sus pies ardían. Corrió más aprisa. Tenía los ojos entrecerrados. Miró al cielo. El cielo estaba azufroso; relampagueaba. Aparecieron nubes oscuras. El sol desapareció.

El hombre corrió más aprisa. Había metido el pan en el escote de la camisa; apretó los codos contra éste.

\* “Monjas” es la traducción literal de la voz alemana *nonnen* empleada para denominar a una clase de orugas que se encuentra principalmente en los pinos. [N. del T.]

El viento comenzó a soplar. Cayeron gotas. Crepitaban como guisantes sobre el piso seco.

El hombre corrió. El pan, pensó, el pan.

Pero la lluvia era más rápida; todavía lejos del bosque alcanzó al hombre.

Los rayos rasgaban el cielo. Llovía a cántaros.

El hombre apretó los brazos contra el pan. El pan comenzaba a pegársele. El hombre maldecía. Pero la lluvia aumentó. El bosque, hacia delante, y el pueblo hacia atrás, le parecían borrosos. Listones de vapor ondeaban sobre el llano. En la arena se abrían riachuelos.

El hombre se detuvo; jadeaba. Estaba de pie inclinado hacia delante. El pan le colgaba en la camisa, debajo del pecho. No se atrevía a asirlo. Estaba blando; se inflaba; se deshacía en forma de hojas.

Pensó en la mujer, en el niño. Rechinó los dientes. Crispó las manos. Apretó con fuerza los brazos al cuerpo. Así creyó proteger mejor el pan.

Tengo que doblarme más sobre él, pensó; tengo que cubrirlo con mi pecho. No voy a dejar que se lo trague ella, la lluvia; no se lo voy a permitir. Se arrodilló. Se agachó sobre las rodillas. La lluvia zumbaba; no se podía ver ni a diez pasos de distancia.

El hombre se puso las manos en la espalda. Luego inclinó la frente hacia la arena. Se miró el escote. Observó el pan. Estaba manchado; se desmoronaba; se veía como una esponja.

Esperaré, pensó el hombre. Me quedaré así hasta que pase. Estaba consciente de que mentía; el pan no duraría entero más de cinco minutos. Luego se disolvería, fluiría; todo ante sus ojos.

Vio cómo le resbalaba la lluvia en las costillas. También bajo las axilas manaban dos riachuelos. Todo mojaba la superficie del pan, se filtraba en él, lo carcomía. Lo que escurría estaba turbio y las migas flotaban.

Hace un momento el pan estaba inflado; ahora disminuía pedazo por pedazo; se deshacía.

Entonces comprendió: la mujer para allá, la mujer para acá; ahora tenía la elección: o dejar que se disolviera o comerse él mismo. Pensó: "Si no me lo como, se echa a perder, me quedo sin fuerzas, y a los tres nos lleva el carajo. Pero si me lo como, al menos yo tendré fuerzas de nuevo."

Lo dijo en voz alta, tenía que decirlo en voz alta; debido a la otra voz dentro de él, debido a la voz más débil.

No vio el cielo que se aclaraba en el occidente. No se percató de la lluvia que disminuía. Tenía la mirada sobre el pan. Hambre, pensaba algo dentro de él, hambre. Y pan, pensaba eso dentro de él, pan. Entonces lo hizo.

Lo agarró con ambas manos. Lo comprimió en forma de bola. Le exprimió el agua. Mordió; engulló; tragó: de rodillas, atragantándose; un animal. De tal manera lo devoró.

Sus dedos se enterraron como garras en la superficie, en la arena mojada. Mantuvo los ojos cerrados. Luego cayó. Sus hombros se contrajeron convulsivamente.

Cuando se irguió tambaleante, la arena le rechinaba entre los dientes.

Se limpió los ojos. Parpadeó. Miró fijamente al cielo.

El sol se abría paso a través del cielo gris. Los listones de lluvia se habían disuelto en vapor. Todavía cayeron algunas gotas; después terminó el aguacero. Todo era azul claro; la humedad se evaporaba.

El hombre continuó dando traspies. Sus muñecas se bamboleaban contra sus caderas. Traía la barbilla sobre el pecho. En el linde del bosque se apoyó contra un pino. En la lejanía se podía oír el canto de lluvia del pinzón; también un cuclillo cantó brevemente.

El hombre buscó las señales en los árboles; regresó caminando a tientas. En el helecho y en el arándano las gotas resplandecían. El aire estaba denso a causa del calor sofocante y el vapor. A las *monjas* les sentó bien la tormenta; subían más rápido por los troncos.

El hombre se detenía a menudo. Se sentía más débil que cuando había partido. Su corazón, su pulmón lo oprimían. Y las voces; sobre todo éstas.

Caminó otra vez tres horas; incluyendo las pausas para descansar. Luego la halló sentada; había apoyado el torso contra un pino; el niño yacía en su regazo.

Se dirigió hacia ella.

Ella sonrió. "Qué bueno que ya estás aquí."

"No encontré nada", dijo el hombre. Se sentó.

"No importa", dijo la mujer. Volvió la cara.

Qué triste se ve, pensó el hombre.

"Te ves muy mal", dijo la mujer. "Trata de dormir un poco."

Él se estiró. "¿Qué pasa con el niño?, ¿por qué está tan callado?"

"Tiene sueño", dijo la mujer.

El hombre comenzó a respirar regularmente.

"¿Estás dormido?", preguntó la mujer.

El hombre callaba.

Ahora sólo se oía cómo las *monjas* raspaban.

Cuando se despertó, la mujer también se había acostado; ella miraba al cielo.

El niño yacía a su lado, lo había envuelto en su blusa.

"¿Qué pasa?", preguntó el hombre.

La mujer no se movió. "Está muerto", dijo.

El hombre se incorporó sobresaltado. "¿Muerto?", dijo; "¿muerto...?!"

"Murió mientras tú dormías", dijo la mujer.

"¿Por qué no me despertaste?"

"¿Por qué había de despertarte?", preguntó la mujer. ♦

TRADUCCIÓN DE RICARDO CORCHADO FABILA